

## DE BUENAS LETRAS

# Casablanca

JOSÉ IGNACIO FERNÁNDEZ DOUGNAC De la Academia de Buenas Letras de Granada

**A**caba de cumplir 80 años 'Casablanca' (1942) y, pese a su ineludible artificialidad, se mantiene tan flamante o más que cualquier película de Tarantino. Representa la rareza del cine: un espectáculo que surge de la extraña armonía, cuando no contienda, entre industria y arte, dinero y estética, frivolidad y hondura. Además, cualquier producción no se entiende sin la permanente tensión creativa entre lo individual y lo colectivo. La grandeza se constata por los resultados finales y por la capacidad para entusiasmar a generaciones posteriores. ¿Por qué 'Tiburón', de Spielberg, ha de tener menos categoría artística que 'El séptimo sello', de Bergman?

Desde que empezó a forjarse en los despachos de la Wagner, 'Casablanca' guardaba muchos ingredientes con los que podría haber encallado en la trivialidad. Se planteó para repetir el éxito de 'Argel' (1938), de John Cromwell. Su

argumento estaba basado en una pieza teatral arrinconada, pues nunca llegó al estreno. El guion contó con demasiadas manos y excesivos cambios. Algunos actores, durante el rodaje, desconocían ciertos entresijos claves de la trama. Su director, Michael Curtiz, no era más que un admirable artesano obligado a filmar en estudio, aprovechando escenarios desechados. Y para colmo, la baja estatura de Bogart desentonaba con la esbeltez nórdica de Ingrid Bergman. Hasta la música del oscarizado Max Steiner quedaba oscurecida por una sola canción ('As Time Goes By'), de autor con poco renombre (Herman Hupfeld). Y sin embargo, 'Casablanca' sigue siendo un milagro, una obra maestra por la feliz inspiración de un equipo y la conjunción de múltiples factores: la dimensión dramática de sus personajes, la historia de amor y amistad, la certera mezcla de géneros, el blanco y negro irreproducible, la química en-

tre los dos actores protagonistas, un reparto inmejorable y unas frases lapidarias, desperdigadas por los momentos más adecuados. Entre otras cosas.

Aunque se encuentre en las antítesis de cualquier obra de autor y dentro de los más estrictos parámetros hollywoodienses, representa el esplendor de un cine que ya no existe y que no existirá jamás. Un cine irrepetible como el esmoquin blanco de Bogart, la mirada cómplice de Sam al piano o el ambiente del bar de Rick, tan cargado de tabaco y humo como aquel casino de 'Gilda'. Acaso siempre nos quede 'Casablanca' por una razón muy poderosa, porque refleja asimismo un espíritu hermosamente cínico e irreductible, y una cordialidad que se agradece en estos tiempos de oblicuos moralismos e impositivas crispaciones. Cuando una película concluye con el «principio de una hermosa amistad», será por algo.